

Edward Snowden

Vigilancia permanente

Barcelona, 2019. Edit. Planeta

j.emilio.sola@gmail.com

Colección: Bibliografía recomendada, Notas de lectura,
Fecha de Publicación: 28/10/2019
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Edward Snowden: Vigilancia permanente

Traducción de Esther Cruz Santaella
Barcelona, 2019. Edit. Planeta

EL MAYOR ESCÁNDALO DIPLOMÁTICO
DE LA HISTORIA

UNA VIDA AL SERVICIO DE LA VERDAD

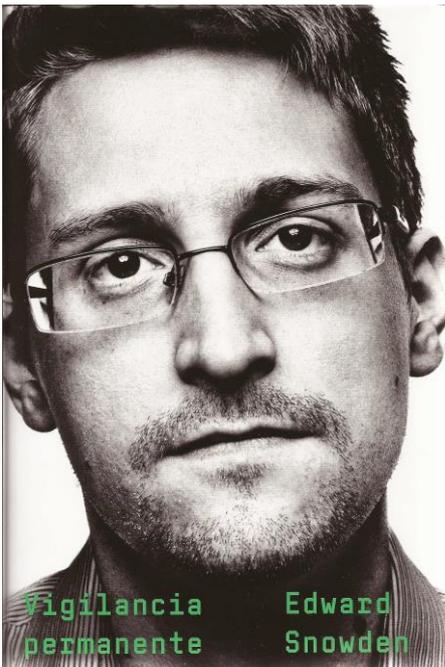
LAS MEMORIAS QUE AGITARÁN
LA GEOPOLÍTICA MUNDIAL

En 2013, Edward Snowden, de veintinueve años, sorprendió al mundo cuando sacó a la luz algunos de los secretos mejor guardados de la Inteligencia estadounidense, revelando así la deriva autoritaria del Estado y su acopio, catalogación y uso indiscriminado de la información privada de los ciudadanos, incluyendo jefes de Estado y de Gobierno. Como resultado de aquello, se inició una busca y captura internacional que hoy sigue en marcha y que llevó a Snowden a refugiarse en Rusia.

Desde su infancia, como hijo de leales servidores del Estado, hasta su trabajo en destinos secretos de la CIA y la NSA, *Vigilancia permanente* es el extraordinario relato de un joven prodigio que con veintiún años se alistó en el ejército y estuvo a punto de entrar en las Fuerzas Especiales; que con veintidós la NSA le concedió el acceso a información clasificada; que a los veinticuatro años fue reclutado por la CIA y ejerció de espía en Viena; y que a los veintinueve, escandalizado por el acceso que el Gobierno tenía a nuestra privacidad, decidió poner su vida en jaque y sacar la verdad a relucir.

«Decir que no te importa la privacidad porque no tienes nada que esconder no es diferente a afirmar que no te importa la libertad de expresión porque no tienes nada que decir. (...) El hecho de que esta o aquella libertad no tengan importancia para ti ahora mismo no quiere decir que la tengan o que no la vayan a tener mañana.»

#VigilanciaPermanente



Edward Joseph Snowden (Elisabeth City, Carolina del Norte, 1984) es un arquetipo claro de alguien que pudiera ser integrado en un posible santoral laico del siglo XXI, si no termina de manera más dramática su deriva vital para pasar a integrar un posible nuevo martirologio de esos que deberíamos comenzar a elaborar con los “nuevos mártires” globales del nuevo milenio. Hay una tipología amplísima que podría elaborarse para esos nuevos martirologios: mártires de la carretera o mártires del cambio climático, mártires de las tecnologías o mártires de la democracia, de los derechos humanos o de las multinacionales, mártires de la ciencia o del fascismo, mártires republicanos o de las pateras... En el caso de Snowden y de otros como él, mártires de la información, podría ser, entre otras posibles etiquetas, categorías o tipologías... Si no es que pudieran ser mártires de la lucidez o mártires de la verdad, o de la lealtad hacia los otros, hacia la gente. Análisis pendientes. Como todo, en este mundo en cambio sunamítico, algo anómico e imprevisible pero emocionante por estar imbuido por “el auténtico espíritu pionero”, como dirá el propio Snowden, al añorar ese momento de su final de la niñez y su adolescencia en el que el mundo digital “era algo creativo y cooperativo, más que comercial y competitivo” (p.15).

Cuando las empresas comenzaron a saber cómo “meterse en mitad de esos intercambios sociales y convertirlos en beneficios”, lamenta Snowden en el prefacio de su libro, “fue el inicio del capitalismo de vigilancia, y el final de internet tal y como yo la conocía”.

La apariencia de propiedad era fácil de confundir con la realidad de ostentar esa propiedad. Pocos de nosotros lo comprendimos en su momento, pero ninguna de las cosas que íbamos a compartir nos pertenecería nunca más. Los sucesores de las empresas de comercio electrónico que habían fracasado por no saber encontrar algo que nos interesara comprar se toparon con un producto nuevo que vender.

Ese producto nuevo éramos nosotros.

Nuestra atención, nuestras actividades, nuestra ubicación, nuestros deseos... (p.16).

“QUIERO A MI PAÍS Y CREO EN EL SERVICIO PÚBLICO”

El nativo digital que es el joven Snowden sabe, como un descubrimiento propio, que lo que los padres de la revolución americana llamaban libertad “en la revolución de internet se llama ‘privacidad’”; y la lucidez que va adquiriendo a lo largo de sus años de veinteañero inmerso en la red pero al mismo tiempo reflexionando sobre ella, y como hombre creyente en la fidelidad a los principios políticos y morales de su país – “quiero a mi país y creo en el servicio público” – le llevaron a esa frontera o límite de identificación de la fidelidad profunda de uno en plena juventud, cuando aún se cree a pie juntillas en utopías religiosas o

políticas, se cree en lo que debe ser por encima de lo que es, se es quijotesco, de alguna manera, o idealista libertario; una frontera o límite peligrosísimos para alguien que trabajaba nada más y nada menos que para la Comunidad de Inteligencia o IC, Intelligence Community.

¿Cómo podía encontrar un equilibrio entre mi contrato de confidencialidad con las agencias que me tuvieron empleado y el juramento que había hecho ante los principios fundamentales de mi país?
¿A quién, o a qué, le debía la mayor lealtad?
¿Hasta qué punto estaba moralmente obligado a quebrantar la ley?

Sin duda que esos planteamientos y dudas, de no haberlas mantenido en el secreto absoluto de su intimidad, le habrían inutilizado por completo para los trabajos que le encargaban, en los que se suponía que debía ser un mero peón de un proyecto global que él no debía ni podía controlar, tal vez ni siquiera comprender. Pero debido a su misma pericia técnica había llegado a percibir “que la creación de irrealidad siempre ha sido el arte más oscuro de la Comunidad de Inteligencia” (p.19). Su lucidez y el dilema moral planteado terminaron llevando a aquel joven veinteañero a donde le llevaron, a ser un ‘soplón’ o un denunciante, con el fin de “restaurar un equilibrio de poder entre los ciudadanos y su gobernanza” (p.321):

Un ‘soplón’ o denunciante, según mi definición, es una persona que, tras pasar por una dura experiencia, ha llegado a la conclusión de que su vida de dentro de una institución se ha hecho incompatible con los principios desarrollados en el conjunto de la sociedad que está fuera de ella, y con la lealtad debida a dicha sociedad, cuestión por la que dicha institución debería rendir cuentas. La persona es consciente de que no puede permanecer en la institución, y sabe además que la institución no se puede dismantelar, o que no va a hacerse tal cosa. Sin embargo, considera que la institución sí podría reformarse, así que da el soplo y revela la información pertinente para incorporar el factor de la presión pública. (pp. 320-321).

POR UNA NUEVA REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA Y DEMOCRÁTICA

Como “ingeniero de sistemas” y “administrador de sistemas”, el joven Snowden se considera de alguna manera miembro de una gran comunidad que podía cambiar el mundo, desde una suerte de “meritocracia tecnológica”, y con el límite de una nueva democracia posible.

La democracia no podía imponerse nunca a punta de pistola, pero quizá sí pudiera sembrarse esparciendo silicona y fibra. A principios del milenio, internet acababa de terminar su periodo formativo

y, al menos en mi opinión, ofrecía una encarnación más auténtica y completa de los ideales estadounidenses que los propios Estados Unidos.
¿Un lugar en el que todos éramos iguales? Sí. ¿Un lugar dedicado a la vida, la libertad y la búsqueda de felicidad? Sí, sí y sí.

[...] Era emocionante: participar en la fundación de una nueva sociedad, basada no en el sitio donde habíamos nacido, ni en cómo nos habíamos criado, ni en nuestra popularidad en la escuela, sino en nuestro conocimiento y en nuestra capacidad tecnológica.
(pp. 151-152).

Se sentía protagonista de una revolución similar a la que había estudiado de su país, Estados Unidos, pero en su propio tiempo y protagonizada por su propia generación. Más aún, descubría un gran paralelismo entre ambas revoluciones:

[...] Además... casi todos los principales documentos fundacionales de la cultura de internet enmarcaban dicha herramienta en términos que recordaban a la historia estadounidense: ahí estaba esa nueva frontera, salvaje y abierta, que pertenecía a quien fuese lo bastante valiente para instalarse en ella, y que rápidamente quedaba colonizada por Gobiernos e intereses corporativos que buscaban regularla para obtener poder y beneficios. Las grandes empresas que estaban cobrando grandes tarifas (por los equipos, los programas, las llamadas telefónicas de larga distancia entonces necesarias para conectarse, y también por el conocimiento en sí, que era una herencia común de la humanidad y, como tal y con todo el derecho, debería haber estado circulando con total libertad) eran adorables reencarnaciones contemporáneas de los británicos, cuyos rigurosos impuestos habían prendido el fervor de la independencia.
(p.151).

En esa identificación de las grandes corporaciones que intentan adueñarse del poder y los beneficios de internet y los viejos colonizadores británicos como metrópoli colonial extractiva, que sería uno de los escenarios de la nueva revolución, enseguida añadió otra grieta del sistema estructuralmente peligrosa para su correcto o justo funcionamiento: la contratación externa; que, por otra parte, había sido la causa de que pudiera darse también, de alguna manera, la posibilidad de esa nueva revolución deseable.

Desde el punto de vista de la sala de juntas corporativa, la contratación externa funciona como una corrupción con asistencia gubernamental.
Es el método más legal y cómodo en Estados Unidos para transferir dinero público al bolsillo privado.
(p.159).

Y es precisamente a través de esa gran grieta por donde habían ido penetrando en la IC o Comunidad de Inteligencia el “cambio generacional y cultural”, de alguna manera, él mismo y los jóvenes hackers como él, desbordando las camarillas clásicas de los servicios de información más veteranos.

[...] el momento en el que la camarilla de pijos de la vieja escuela que tradicionalmente había conformado el personal de las agencias, desesperados por no poder seguir el ritmo de unas tecnologías que no se tomaban las molestias de entender, recibieron con los brazos abiertos en el redil institucional a una nueva oleada de jóvenes hackers, a los que permitieron desarrollar unos sistemas tecnológicos de control estatal sin precedentes, y a quienes dieron acceso total a dichos sistemas y un poder absoluto sobre ellos. (p.178).

Lucidez, idealismo juvenil de veinteañero y oportunidad absolutamente excepcional que se le ofrece como técnico refinado de las nuevas tecnologías, el resultado en Snowden es una serie ininterrumpida de descubrimientos y revelaciones casi místicas por su potencia. Cuando su pericia profesional le lleva a Europa y a Japón, esos descubrimientos se van asentando en formulaciones sencillas que aquí y allá van apareciendo en su narración. “El secreto peor guardado de la diplomacia moderna es que actualmente la función principal de una embajada consiste en servir como plataforma para el espionaje” (p.194), por ejemplo, una verdad que un historiador de la información y del espionaje sabe que siempre ha sido así... O esa suerte de axioma tecnológico que descubre al observar lo que estaba haciendo China con su gente a las claras y compararlo, como si fuera una imagen en el espejo, a lo que estaba haciendo también Estados Unidos más o menos encubiertamente: “si algo puede hacerse, probablemente se hará y seguramente ya se haya hecho” (p.135). La dura y simple realidad. O ese análisis razonado que todos sabemos ya como un principio que desborda incluso la metáfora de “casa de cristal” que pudiera describir la nueva realidad: “Mientras que la vigilancia gubernamental estaba teniendo el efecto de convertir al ciudadano en súbdito, a merced del poder estatal, la vigilancia corporativa estaba convirtiendo al consumidor en un producto, que las corporaciones vendían a otras corporaciones, corredores de datos y publicistas” (p. 262). Esas sucesivas revelaciones y descubrimientos, llevaban al joven tecnólogo a conclusiones por lo menos inquietantes a la hora de ensayar narrarlas ordenadamente.

El mayor ataque terrorista en suelo estadounidense se produjo en paralelo al desarrollo de la tecnología digital, lo que convirtió gran parte del planeta en suelo estadounidense, nos gustase o no. Por supuesto, el terrorismo era el motivo que se alegaba para la puesta en marcha de la mayoría de los programas de vigilancia de mi país, en una época de un miedo y un oportunismo enormes. Sin embargo, resultó que el miedo era el auténtico terrorismo, perpetrado por un sistema político cada vez más dispuesto a utilizar casi cualquier justificación para autorizar el uso de la fuerza. Los políticos estadounidenses no le tenían tanto miedo al terrorismo como a parecer débiles, o a ser desleales a su partido, o a serlo a los donantes de sus campañas electorales, que mostraban un apetito voraz de contratos públicos y productos derivados del petróleo de Oriente Medio. La política del terrorismo se hizo más poderosa que el propio terrorismo, lo que generó un contraterrorismo: las acciones movidas por el pánico

de un país sin parangón en cuanto a potencial, sin limitaciones políticas y, descaradamente, sin ninguna preocupación por mantener el Estado de derecho. Tras el 11-S, la orden de la Intelligence Community fue “nunca más”, una misión imposible de cumplir con éxito. Una década después había quedado claro – al menos para mí – que las repetidas evocaciones del terrorismo a cargo de la clase política no eran ninguna respuesta a ninguna amenaza o preocupación concretas, sino un intento cínico de convertir el terrorismo en un peligro permanente que requiriese la aplicación de una vigilancia permanente por parte de una autoridad incuestionable.

Tras diez años de vigilancia masiva, la tecnología había demostrado ser un arma menos potente contra el terrorismo que contra la libertad misma. Al continuar con esos programas, con esas mentiras, Estados Unidos estaba protegiendo poco, ganando nada y perdiendo mucho. Y así seguiría, hasta que hubiese pocas diferencias entre los polos del “nosotros” y el “ellos” surgidos tras el 11-S. (pp.276-277).

AMOR Y EXILIO

Esta desalentada conclusión narrativa del cada vez más angustiado joven tecnólogo, abre paso a la tercera parte del libro, con la verdadera epopeya de una huida compleja con un plan de denuncia cuidadosamente preparado, y que culminaba en Hong Kong con el encuentro el 2 de junio de 2013 con Glen Greenwald y Laura Poitras, así como con el periodista Ewen MacAskill de *The Guardian*, y la aparición del primer artículo en este periódico el 5 de junio y el 9 de junio el primer video de Snowden dando la cara, grabado por Laura Poitras. El día de su cumpleaños, el 21 de junio, 30 años, Estados Unidos pedía su extradición formal. A partir de entonces, todo se desbocó y la acción trepidante, con la compañía de Sarah Harrison, del equipo de WikiLeaks que le acompañó, terminó en Moscú, en una escala hacia Ecuador pero que se convirtió en estancia definitiva hasta el momento. Los últimos tres años con su novia Lindsay Mills a su lado, de cuyos diarios en el penúltimo capítulo del libro se recogen los fragmentos más significativos para indicar la dureza de su experiencia personal, en paralelo a la aventura excepcional de su novio.

Hoy Edward Snowden es todo un símbolo ambiguo, gran traidor para el gobierno de su país pero respetado patriota global y servidor público a la vez para tantos de los suyos, signo de los tiempos vertiginosos actuales. Una vez más, un personaje anómico, de transición y de esperanza, si pudiera haber lugar a ella. En la línea de los nuevos héroes, si no mártires, de los Derechos Humanos, por seguir jugando con las palabras. Sus reconocimientos internacionales lo muestran, casi abrumadoramente:

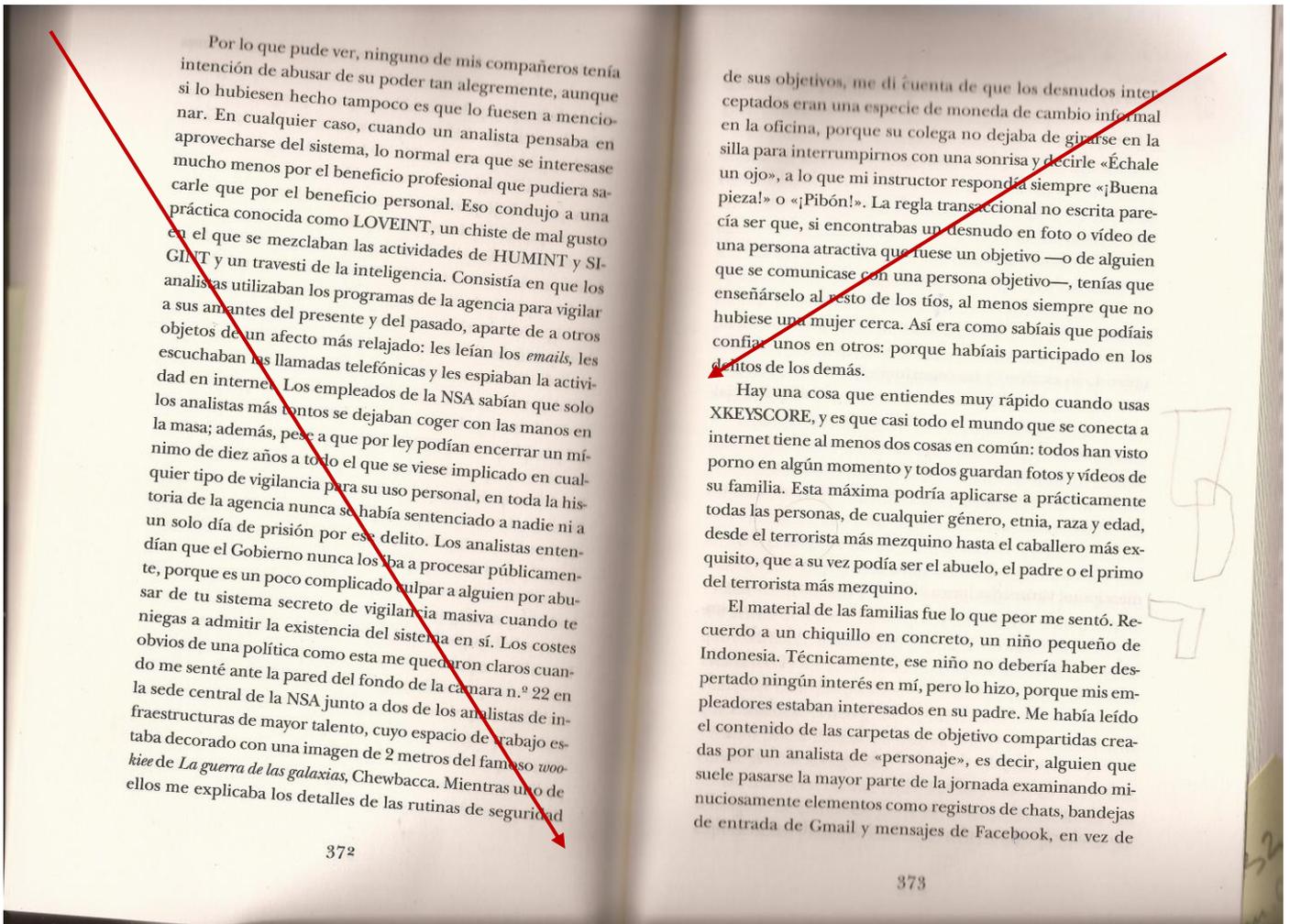
EDWARD SNOWDEN

nació en Elizabeth City (Carolina del Norte) y creció muy cerca de Fort Meade (Maryland). Ingeniero de sistemas de formación, sirvió como agente de la CIA y trabajó como informante de la NSA. Ha recibido numerosos premios por su servicio público, entre ellos el Premio Right Livelihood, el German Whistleblower Prize, el Ridenhour Prize en la categoría Truth-Telling y la medalla Carl von Ossietzky de la Liga Internacional por los Derechos Humanos. Actualmente, es presidente del comité de dirección de la Fundación Freedom of the Press.

Finalmente, he aquí el índice:

ÍNDICE	
Prefacio	11
PRIMERA PARTE	
1. Mirar por la ventana	25
2. El muro invisible	35
3. Un chaval de la Beltway	53
4. Yanqui <i>online</i>	61
5. Hackeo	76
6. No completado	89
7. 11-S	100
8. 12-S	111
9. Rayos X	119
10. Habilitado y enamorado	133
SEGUNDA PARTE	
11. El sistema	149
12. <i>Homo contractus</i>	156
13. Adoc	170
14. El Conde del Monte	190
15. Ginebra	206
16. Tokio	224
17. Un hogar en la nube	255
18. En el sofá	275
TERCERA PARTE	
19. El Túnel	287
20. Latido	294
21. Soplos	304
22. El cuarto poder	324
23. Leer, escribir, ejecutar	342
24. Encriptado	354
25. El niño	365
26. Hong Kong	380
27. Moscú	395
28. De los diarios de Lindsay Mills	411
29. Amor y exilio	427
Agradecimientos	443

No quiero dejar fuera de estas notas de lectura un amplio fragmento en el que creo descubrir uno de esos momentos liminares que todo escritor deja escapar siempre entre líneas de algunos de sus textos. Para mí, es una descripción de lo que pudiera tildarse de “revelación mística” a propósito de un “bebé indonesio”, y de alguna manera puede figurar como metáfora aclaratoria de lo que Snowden percibió como crimen contra la libertad/privacidad en el límite. Por decirlo de alguna manera. Las cuatro páginas de uno de los capítulos de la tercera parte en que se integran, pueden dar también una idea del tono del libro, y terminar de animar a un posible lector a adquirirlo para saborearlo mejor. Que no es otro el propósito de estas notas de lectura.



ocuparse del tráfico más oscuro y complicado, generado normalmente por hackers, que era cosa de los analistas de infraestructuras.

El padre del chiquillo, igual que mi padre, era ingeniero, aunque al contrario que mi padre no estaba afiliado al Gobierno ni al Ejército. No era más que un académico raso al que habían pillado en una emboscada de vigilancia. No recuerdo cómo o por qué ese hombre había llamado la atención de la agencia, más allá de que había enviado una solicitud de empleo a una universidad de alto nivel investigador de Irán. Con frecuencia, los motivos que habían fundamentado una sospecha quedaban mal documentados (cuando lo estaban) y las conexiones llegaban a ser flojísimas, con explicaciones como «se cree que está potencialmente vinculado a» y a continuación el nombre de alguna organización internacional que podía ser cualquier cosa, desde un organismo de normalización de telecomunicaciones hasta Unicef o algo que de verdad pudiera considerarse una amenaza.

En el caso de este hombre, se había cribado el flujo de su tráfico de internet para extraer una selección de comunicaciones, agrupadas luego en carpetas. Por aquí estaba la funesta copia del currículum enviado a la universidad sospechosa; por allá, los artículos escritos por el hombre, un historial del navegador web, su última semana aproximadamente de correspondencia enviada y recibida, etiquetada con direcciones IP... Allí aparecían las coordenadas de una «geovalla» que el analista le había colocado alrededor para detectar si se alejaba demasiado de casa, o si viajaba a la universidad para hacer la entrevista.

Y luego, estaban también sus fotografías, y un vídeo. En esa grabación aparecía sentado delante del ordenador,

igual que yo estaba sentado ante el mío. Salvo que en el rezo tenía a un bebé, a un niño en pañales.

El padre estaba intentando leer algo, pero el niño no dejaba de moverse y le iba dando a las teclas mientras se reía. El micrófono interno del ordenador captó sus risas, y ahí estaba yo escuchándolas en mis auriculares. El padre agarró mejor al niño, que se enderezó y miró directamente a la cámara del ordenador, con unos ojos oscuros en forma de media luna. No pude evitar sentir que me miraba a mí. De repente, me di cuenta de que estaba aguantando la respiración. Cerré la sesión, me levanté del ordenador y salí de la oficina para ir al baño situado en el mismo pasillo, con la cabeza gacha, los auriculares todavía puestos y el cable arrastrando.

Todo en ese niño, todo en ese padre me recordaba a mi padre, con quien me reuní para cenar una noche durante la temporada que pasé en Fort Meade. Llevaba un tiempo sin verlo, pero allí, en mitad de la cena, mientras me comía una ensalada César y me tomaba una limonada rosa, se me cruzó una idea por la cabeza: «No volveré a ver a mi familia nunca más». Los ojos no se me humedecieron siquiera (me estaba controlando todo lo que podía), pero por dentro me sentía desolado. Sabía que, si le contaba a mi padre lo que iba a hacer, llamaría a la policía, o a lo mejor me diría que estaba loco y me metería en un psiquiátrico. Habría hecho cualquier cosa que pensara que tenía que hacer para evitar que cometiese el más grave de los errores.

Solo podía confiar en que su dolor, con el tiempo, se curase gracias al orgullo.

De nuevo en Hawái, entre marzo y mayo de 2013, una sensación de punto de no retorno bañaba casi todas mis experiencias, y aunque esas experiencias en sí pudieran pa-

revelac.
mich.
bebe
indonesio



2013

